

IN MEMORIAN

David Frisancho Pineda (1919-2003)

ASMEGHOR se une a la comunidad médica nacional y expresa su más sentido pesar por la partida de nuestro ilustre amigo, David Frisancho Pineda, padre de nuestro asesor Oscar Frisancho Velarde.

Hemos considerado publicar una carta remitida a su familia, desde Helsinki el 28 de junio del 2003, por el doctor Jesús Santisteban Palomino*, ex-alumno de la Facultad de Medicina de San Fernando, ex-médico residente del Hospital Rebagliati, y que actualmente labora en el Hospital de la Universidad de Finlandia, muy emotiva y que nos hace recordar con gratitud y alegría a este ilustre Peruano.



«REMEMBRANZAS DEL TÍO DAVID».

La muerte del tío David (David Frisancho Pineda) ha originado un sentimiento de profundo dolor para mí y para Päivi. En su memoria y como gratitud he tratado de resumir mis recuerdos mas resaltantes de su persona.

Cuando pienso en el tío David, hay muchas imágenes de mi remota infancia que me vienen a la memoria, sin embargo resalta su consultorio con olor a medicinas, lleno de diplomas, fotos y términos médicos llamativos, «Sociedad Peruana de Coloproctología», «Etnomedicina», etc.

Cuando uno de nosotros enfermaba, de rigor había que llamar al tío David, y él con mucha benevolencia -fue uno de sus rasgos más característicos- solía venir a casa con su maletín y su instrumental médico. Era el tío David, el tío médico. En ese entonces difícil apreciarlo, sobretodo si a veces tenía que ponernos inyecciones.

Con el tiempo, en mi niñez y al inicio de mi adolescencia la visita dominical a la abuela Brígida es la faceta que domina mi memoria. Pasaba por nuestra casa todos los domingos, lo esperábamos ansiosos, entre otras cosas porque siempre nos tenía reservada una propina, iba siempre cargando regalos y bolsas llenas de frutas. Era regular y metódico hasta para visitar a la abuela. Protegió y cuidó a su madre con dedicación y esmero.

En la familia abundaban noticias acerca de él, Premio Hipólito Unanue, doctorado en Cayetano Heredia, viajero cosmopolita (Japón, Unión Soviética, Australia, etc.), danzarín en la Lira Puno y en la kullawada del barrio La Torre. En Puno había sido alcalde, presidido la Federación de Fútbol, el Club de Leones, el Comité pro aeropuerto, entre otros.

Las pláticas durante el almuerzo y los lonches eran fluidas y animadas, merced a que era multifacético, podía comentar la Rebelión de Luis Bustamante, la labor docente de Encinas, la categorización e implicancias del folklore y terminar opinando sobre los avances de la medicina.

Al final de mi adolescencia cuando inquirí sus primeros libros, «Patología de la Altura», «Jatun Rijchari» (biografía de Núñez Butrón) y después «Medicina Indígena y Popular» pude entender la dimensión de su obra.

Durante los años que viví en su casa de Lima, el tío David llegaba de Puno a congresos, coloquios, entrevistas, o de paso al exterior. Tuve la suerte de acompañarlo a ciertos eventos locales, allí pude testificar el profundo respeto que se ganó dentro de la comunidad científica, ya sea dentro de la cirugía, la gastroenterología, la etno-medicina y la medicina social. Creo que muy pocos médicos provincianos gozaron de esa admiración, merced a la seriedad y creatividad de sus trabajos.

El tío David hizo de la observación su más preciada virtud, eso lo llevó a ser heterodoxo y desarrolló una acuciosidad a pesar de no contar con instrumentos sofisticados, ni socios científicos que pudieran potenciar sus hipótesis.

Defendió solitariamente sus teorías. Allí donde todo el mundo veía el Megacolon Chagásico como etiología, contra la corriente se abrió campo con su hipótesis del Dolicomegacolon Andino. El tiempo le dio la razón

El tío David hizo ciencia en un medio donde pocos colegas lo acompañaron. Estudió la patología del altiplano Peruano con devoción, por no decir con obsesión.

Pudo caracterizar muchas enfermedades, algunas por primera vez, como la mesenteritis retráctil y su relación con el Dolicomegacolon Andino. Reivindicó la etnomedicina, la atención primaria de la salud y fue un devoto seguidor de Manuel Núñez Butrón.

Su tesis doctoral Medicina Indígena y Popular fue rechazada, y semanas después ganó con ese mismo trabajo el Premio Nacional de Medicina Hipólito Unanue, eso ejemplifica su heterodoxia. Su diligencia y rigor científico le llevaron a valorar metodologías relegadas, despreciadas, no valoradas. La nosografía andina de salud -que el brillantemente describe- tenía por entonces un sitio oscuro y marginal dentro del saber médico.

Durante mi SERUM en Puno pude apreciar su vocación por mejorar la Facultad de Medicina de la Universidad del Altiplano. Estuvo abocado a la cátedra y para ello meticulosamente organizaba sus clases, adicionalmente usaba parte de su energía en el decanato de la facultad.

A lo largo de los años, intenté caracterizarlo y llegué a la conclusión que por encima de sus facultades intelectuales, indudablemente brillantes, tuvo en la bondad, la virtud más relevante. Fue ecuánime y objetivo para emitir juicios. Nunca fue temperamental y siempre intentó ser justo.

Mi tío David no odió ni menospreció a nadie. Aguantó afrentas, deshonras gratuitas y perdonó fácilmente. Atacaba y criticaba actitudes, pero raramente a las personas.

En su casa destacaba el pequeño museo con su colección de monedas, huacos y pergaminos, rodeados de cuadros de la escuela puneña. Hace 3 años, la última vez que lo ví, me mostró sus heráldicas y libros de la historia colonial de Puno.

Por primera vez me atreví a preguntarle como había construido esa personalidad metódica y perfeccionista. En su infancia con las revistas viejas argentinas y con los tomos del Tesoro de la Juventud aprendió a amar el saber, había leído toda la colección antes de terminar su secundaria.

Allí erigió los cimientos de su formación que le facilitaron ser un estudiante brillante en las universidades de San Agustín, San Marcos y San Andrés. Comprendí que hizo el común denominador con los grandes hombres, o sea hizo de la lectura una pasión y del aprendizaje un juego.

El tío David nos lega muchas virtudes, en lo espiritual, intelectual y sobretodo humano. De ellas se hablarán mucho, pero yo como miembro de su familia tuve la suerte y el privilegio de conocerlo como ser humano. Allí fue grandioso.

Fue embajador de Puno, y en todos los eventos científicos y culturales donde fue expositor, abrió las ventanas para que muchos hombres de ciencia se interesaran por conocer a Puno y pudieran entender aspectos relevantes de la patología de la altura. En sus exposiciones era evidente su meticulosidad y perfeccionismo.

Para un científico moderno es difícil entender la fecundidad del tío David, sin trabajo en equipo, sin net-working. Peor aún florecer en un medio difícil. El amor que tuvo por Puno lo llevó a tolerar el aislamiento científico.

Como los sabios griegos, hizo de la observación su instrumento mas confiable y preciso. Hizo descubrimientos asombrosos, sin requerir de laboratorios y tecnologías sofisticadas.

Lloramos su muerte, la tristeza nos domina de la misma manera que a ustedes, pero al mismo tiempo difícil desprendernos de él, porque está implícito en miles de facetas familiares, en remembranzas, que a la hora de la verdad será difícil de distinguir si es que todavía está en su casa de la Av. El Sol, dispuesto a tomar un lonche y darnos consejos, o volver inexorablemente a la realidad y darnos cuenta que se fue para siempre.

Con mucha pena, les expreso mi pesar y los acompaño en el dolor.

Cucho*